

## RECENSIONES

MÁXIME RODINSON: *Islam et capitalisme*. Editions du Seuil. París 1969, 300 págs.

Uno de los hechos más importantes y evidentes respecto a todos los países actuales que se han dado en calificar como subdesarrollados, y que por otra parte suelen identificarse con los contornos imprecisos del llamado «tercer mundo», es el papel central que ocupan los países y los pueblos procedentes de las pasadas estructuras del Islam. En lo geográfico la zona donde a pesar de todas las modernizaciones técnicas, el islamismo religioso, jurídico, social, político y demográfico sigue siendo la más profunda de las raíces de los complejos nacionales, se extiende desde las costas africanas del Atlántico hasta los archipiélagos indonesios de Oeste a Este; y desde algunas costas del Adriático por el Norte hasta los grandes lagos afrotropicales por el Sur. En lo histórico, porque entre los países islámicos actuales se conservan muchos de los factores más sólidos de lo que fue el «sentido total del orden medieval»; pero a la vez se intentan las más audaces experiencias encaradas a lo político internacional. Todo ello sin olvidar el factor demográfico de que los musulmanes de hoy, que suman 475.000.000 de almas, siguen pudiendo ser un factor de equilibrio en varios aspectos del futuro mundial.

Ocurre, sin embargo, que en esta faceta del islamismo y los islámicos respecto a la política internacional, son muy frecuentes los tópicos que se aceptan por rutina y se repiten de oídas. En realidad, como el fenómeno musulmán ocupa desde hace catorce siglos una posición central entre diversos continentes y diversas formas de humanidad, exige para ser estudiado, considerado y comprendido un rigor universitario absoluto, y una fría precisión documental.

De todo esto es precisamente uno de los mejores ejemplos el libro sobre el Islam y el capitalismo de Máxime Rodinson, publicado en París por las ediciones Seuil. En las mismas ediciones ya habían aparecido antes otros dos libros del mismo autor que son los ensayos de enfoque más fundamentales sobre sus respectivos temas. Es decir, «Mahomet» como enfoque socio-histórico del organizador del Islam «Israel et le refus arabe», que es sin duda uno de los libros más serios y objetivos en torno a los problemas de Palestina y el apodado «Oriente Medio».

Máxime Rodinson, que es sin duda uno de los más destacados sociólogos y orientalistas de lengua francesa, y director de Estudios (profesor) en la Escuela práctica de Altos Estudios de la Sorbona, estuvo vinculado a la Escuela de Lenguas Orientales vivientes y al Servicio de Antigüedades en Siria y Líbano; además de haber publicado y dirigido varios años la que fue famosa revista «Moyen Orient». En todos sus libros el profesor Rodinson ha manifestado un gran empeño práctico y objetivo de servir tanto a sus lectores como a la mayor probidad en los métodos de estudios y la exposición de los hechos estudiados.

El libro titulado «Islam y capitalismo» va precisamente precedido por una afirmación de su autor que dice expresamente: «Ce livre a une grande ambition. Il voudrait servir.» Esto significa que procura servir a los intelectuales de los países relacionados en la religión y civilización musulmana; lo mismo que a los intelectuales de otros países, sobre todo del conjunto espiritual europeo. Respecto a los primeros, para ayudarles a comprender su destino, en vista de que las circunstancias han permitido al profesor Rodinson haber franqueado varios obstáculos sociales que perjudican a la comprensión de ciertos destinos islámicos. Respecto a los segundos, para mostrar al público culto no musulmán los peligros y los errores de enfocar caprichosamente los temas islámicos internacionales, sólo a través de las referidas fórmulas del «tercer mundo» y el «subdesarrollo» que aumentan la confusión.

El mismo punto clave del tema que aparece en el título del libro de Rodinson (es decir, el de las relaciones entre capitalismo e islamismo) ha sido antes tratado varias veces, tanto por expertos musulmanes como por orientalistas, historiadores y expertos en ideologías o en economía política; sin que tantos textos hayan hecho más que desarrollar las controversias. El mayor defecto de la mayor parte de tantos trabajos ha sido el prejuicio y el *parti pris* de que se aborden los estudios sociológico-islámicos con simpatía o con antipatía previas; lo cual deforma las conclusiones. Los simpatizantes parten del supuesto de que toda la tradición musulmana ha estado siempre orientada hacia la justicia económica y social. Los adversarios han creído en un fatalismo que ha impedido a los adeptos del Islam todo verdadero progresismo.

Las unas y las otras tesis, aunque parezcan contradictorias, se basan en una previa suposición común: la de que las sociedades de una época y una región obedecen estrictamente a unas doctrinas constituidas abstractamente fuera de ellos, sin que las adapten a sus condiciones de vida y a los modos de pensar que sugieren. Aunque la realidad es que lo ideológico y lo vitalista se completan evolutivamente.

Por ejemplo, al tratar de las relaciones entre islamismo y capitalismo ha de comenzar por fijar estrictamente los significados de las definiciones de ambas cosas. Sobre esto dice Rodinson que casi todo consiste en definir las palabras que se utilizan y no emplearlas más que en los sentidos así definidos. Así, respecto al enfoque histórico-social de los países islámicos e islamizados durante la Edad Media, resulta absurdo emplear palabras como las de «capitalismo» o «socialismo», que sólo tomaron su sentido después de que en el siglo XVIII se iniciase en el Noroeste de Europa la revolución industrial. Rodinson prefiere emplear la palabra «capitalístico» para designar las primeras formas mercantilísticas cerradas o sueltas, a base de factores de intercambio de signo monetario. Tales como fueron las normas de la Meca antes del Islam; o de las repúblicas mercantiles marítimas del Renacimiento italiano.

En realidad, lo «capitalístico» musulmán inicial no sólo fue un factor muy desarrollado en la civilización musulmana clásica y en su expansión internacional, sino que marcó los orígenes humanos de quienes crearon su Estado. No puede olvidarse que en La Meca y Medina, Mahomet y sus compañeros procedían de una clase social de mercaderes caravaneros. Y la civilización clásica de los Jalifatos, desde el de Bagdad, floreció en un ambiente de zocos, fondaqs, mas caravanas y comercio marítimo de veleros. Pero se trataba de unas actividades económicas que sólo utilizaban las circunstancias favorables a los intercambios inmediatos de productos y moneda, por medios pacíficos. Aquel sistema «capitalístico» musulmán no influía sobre los regímenes de gobierno, ni operaba con masas de dinero acumulado, ni explotaba sistemáticamente a la mano de obra. Todo esto comenzó en la Europa de la «revolución industrial».

Ahora lo que interesa es saber si en nuestro siglo XX el capitalismo a estilo moderno ha llegado a constituir un sector básico en la evolución internacional de ciertos países, del todo musulmanes o en gran parte. De estos últimos, el Líbano parece ofrecer un ejemplo a veces exagerado; y en los todo islámicos se evoca el caso aparente de Kuwait (aunque Kuwait es una especie de capitalismo de Estado). Más claros son los ejemplos de Turquía y del Irán, donde florecen las empresas capitalistas privadas, de modelo anglosajón. Pero incluso en estos dos países (y en Arabia Saudita) el Estado lleva la iniciativa y empuja a los particulares.

Lo que ocurre es que en el fondo, y según unas tendencias más instintivas que implícitas, el substracto profundo de lo islámico heredado o latente, influye en factores como la prohibición legal dogmática de la usura y de ciertas formas de percibir beneficios exagerados. Así, el Corán contiene varios pasajes que condenan formalmente la llamada *riba*, es decir, ciertos doblamientos de las sumas prestadas, en capital e intereses, en dinero o en especies.

En 1903 el famoso Chej Mohammed Abdú, que fue uno de los mayores renovadores y depuradores del Islam contemporáneo, en su calidad de Gran Muf-ti de Egipto, dio una disposición jurídica facilitando las obtenciones de beneficios en los depósitos bancarios. Pero sólo para provecho de particulares, no de grandes empresas.

Todo esto tiende a que como gran parte de las normas económico-sociales mundiales se basan sobre los impulsos totales del trabajo y la ganancia, los Gobiernos nacionales y nacionalistas de los países islamizados actuales (sobre todo entre los de lengua árabe) tienden hacia la implantación de capitalismo de Estado, sobre todo en los casos en que parte de las grandes ramas de la industria, la minería y el comercio exterior se encuentran en manos de intereses extranjeros que pueden ser sospechosos de «neocolonismo».

Con todo ello se va, como punto principal de confluencia, hacia las cuestiones del llamado «socialismo islámico», que es principalmente ideológico. Otra derivación, más pragmática, más europeizada y adaptada a los ambientes locales, es la del llamado «Socialismo árabe». Máxime Rodinson hace notar que para el próximo porvenir del número más destacado de los países islámicos actuales, las opciones socialistas no son caprichosamente voluntarias, sino que tienden a imponerse por una confluencia de circunstancias. Son unas opciones que no deben casi nada a las mentalidades específicas de los pueblos que las aplican. Muchas veces las apresuran las creencias de que así se librarán mejor de los retornos «neocolonistas». Otras veces porque esos sistemas colectivos de acción de un Estado y un pueblo en masa les parecen más atractivos por ser más impetuosos y movilizadores. Porque con ellos creen que su historia vuelve a despertar más de prisa..

Máxime Rodinson termina su obra afirmando la convicción de que—tanto en lo interno como en lo internacional—el porvenir político y económico-social del mundo musulmán sigue apareciendo como una evolución de luchas en las cuales tienen que realizar todas sus revoluciones emancipadoras a la vez. Parece ser que el triunfo en tales empeños sólo podrán lograrlos los Estados y pueblos islámicos dando preferencia a la calidad sobre la cantidad. Prefiriendo el camino del éxito total, aunque sea camino duro, al del éxito momentáneo, blando y cobarde. Según algo que el Corán define diciendo: «La hipótesis ilusoria no puede ocupar el lugar de la verdad.»

No ha de dejar de citarse el dato de que Máxime Rodinson, que llega en éste y sus otros libros sobre temas arábigos e islámicos a los puntos claves de sus mejores estructuras, es un investigador de origen judío; un sabio judío de expresión francesa; o un modelo de francés con sensibilidad judía. Tan

## RECENSIONES

distinguido por la probidad del pensamiento como por la ecuanimidad de los juicios. Incluso en materias polémicas como las de Palestina, donde él siente y comprende las razones de todos sus habitantes semíticos.

Rodolfo GIL BENUMEYA

**JULIÁN ZUGAZAGOITIA:** *Guerra y vicisitudes de los españoles*. Librería Española. París, 1968, 2 tomos, 314 y 309 págs.

Bajo el título de *Historia de la Guerra de España*, la obra se publicó por vez primera en 1940, en Buenos Aires, en el mismo año que su autor fue fusilado. Describe toda la guerra desde el lado republicano, desde su tramoya, que lo hace más interesante. Es una historia política.

El alud de libros que desde entonces ha ido acumulándose alrededor del tema han tenido en cuenta la obra de Zugazagoitia, pues el material que suministra no sólo es de primera mano, sino que su autor lo maneja con esmero, mejor dicho, con el esmero de un protegido de Indalecio Prieto, que siguió en el carro gubernamental hasta el final de la guerra, a pesar de la caída del líder socialista.

La problemática que tuvo que dilucidar la conciencia de Julián Zugazagoitia es la que se planteó en la zona republicana y que aún sigue siendo objeto de polémica entre supervivientes que, a distinto nivel, protagonizaron aquellos momentos, y entre los propios especialistas o historiadores del conflicto. El hecho de que la Unión Soviética, por abstención o deserción de las democracias, se convirtiese en la principal—y a veces casi única—suministradora de armas a la República, proporcionaba una situación de privilegio al ex minúsculo Partido Comunista español dentro del contexto republicano, imponiendo sus puntos de vista, que a su vez eran los de la «Casa»—Rusia—, no dudando en acudir al chantaje cuando era preciso, es decir, en advertir que podría disminuir o cesar el envío de material bélico procedente de dicha fuente.

Esto le permitió desalojar del poder a Largo Caballero y más tarde a Prieto de la Defensa y de la escena. Negrín, el «hombre de paja», fue erigiéndose progresivamente en dictador, con apoyo de los comunistas. El «resistir, resistir, resistir» de Negrín no tenía otro objeto que tratar de empalmar el conflicto español con el conflicto mundial que se avecinaba y que se consideraba inevitable. En tal sentido, su política era realista. Era la ÚNICA política. Pero el Pacto de Munich, en septiembre de 1938, en plena batalla del Ebro, cayó como una ducha de agua fría sobre la República, dando al traste con las esperanzas. La propia U. R. S. S. tomó nota, cambiando su política internacional, al menos matizadamente. Sin esperar un acuerdo recíproco, hizo retirar las brigadas internacionales de España y disminuyó sus remesas de material. La idea de una entente con Hitler no se descartaba en la mente de Stalin. Lo que había anticipado Prieto ya no era una lucubración: si la guerra mundial no la provocaba España (atacando a la flota alemana, por ejemplo, como represalia por el bombardeo de Almería), la República no podría ganar la guerra; después de Munich, ya no podría cesar de perderla.

Tres décadas después de su publicación, el libro editado ahora sigue siendo importante e ilustrativo, pero habría mejorado notablemente si se hubiese acompañado un estudio preliminar o unas notas, trabajo que debería haber realizado un especialista o un buen conocedor de la materia. En su lugar se insertan unas páginas a guisa de «Presentación», escritas por Roberto Mesa Garrido, que aprovecha la ocasión para realzar puntos que deben serle queridos en función de silenciar otros que no deben entrar en su línea de admiración. Por eso

## RECENSIONES

corta la ilación que podría desprenderse de Zugazagoitia allí donde las tesis ya no le interesan más o se contraponen a las suyas.

Ciertos enternecimientos servirán para camuflar realidades parecidas, pero instaladas en otras familias políticas. Así, por ejemplo, el presentador se hace eco del lamento de Julián Zugazagoitia ante las muertes de Calvo Sotelo o de José Antonio Primo de Rivera, pero no apunta nada referente al caso Andrés Nin, que tanto chocó al autor, el cual se vio calificado «con intención peyorativa, de "humanista"», apuntando: «... una de las lecciones que he aprendido de la guerra es que los más crueles coinciden en ser los más cobardes cuando el deber es duro». Y es que los dos primeros personajes los habría matado la «República», mientras que el tercero no. ¿Quién fue, quiénes fueron, pues, los matadores? Seguramente al presentador le consta que no fue la «Gestapo», como se pretendió. Nin era dirigente del P. O. U. M. Este partido, dice Zugazagoitia, «pecó, si acaso, de ingenuidad y contra él, quizá por ser organización débil, pero más que por eso por constituir en España el comunismo de oposición, se movieron todos los militantes del comunismo oficial».

En cambio, Mesa insertará un largo párrafo del autor, que es una apología de la ayuda soviética, párrafo que se corta cuando seguía esto: «La construcción de un avión en Rusia no cuesta menos, sino más, que la construcción de ese mismo aparato en los Estados Unidos.» Lo que ocurre es que U. R. S. S. los vende y U. S. A. no; pero esa es otra cuestión, en parte apuntada por Zugazagoitia, que sólo toca marginalmente el aspecto internacional del conflicto, lo que le hace considerar como «detalles» aspectos como «el precio, la lentitud de los envíos, las exigencias políticas, etc.». Jesús Tomás Hernández y tantos otros de vuelta han aclarado mucho al respecto, mientras otros optaban por la conversión a otros colores o por el suicidio. Y los rusos—técnicos, tecnócratas y burócratas—que pasaron por España fueron virtualmente exterminados por las purgas a su regreso al paraíso del proletariado. ¿Por qué? ¡Ah...! (\*).

Tampoco es cierta la imagen pétrea de Negrín sobre la guerra que Mesa se empeña en presentar. Zugazagoitia, en parte, lo refleja cuando dice de él, situándolo en febrero de 1939: «Es el gobernante de la consigna de granito: resistir. Sus reacciones públicas consisten en afirmar que no ha rectificado. Y, sin embargo, nadie conoce mejor que él lo inane de su divisa. Sabe que la derrota es irremediable. *No establezco una suposición, proclamo una verdad, susceptible de prueba.* Negrín no quiso conmover a las masas con histrionismos mentirosos». «Esta ignorancia deliberada de Negrín será, con otras cosas, causa eficiente del golpe militar que encabeza el coronel Casado.» Más adelante el autor añadirá: «El pueblo no sabe dónde se le conduce, sin que haya nadie que se tome el trabajo de decirselo. Los que hablan, sólo persiguen un objetivo: confundirle, para provocar su desesperación y su violencia. ¿Para qué resistir cuando todo está inexorablemente perdido? Falta quien le grite, desnuda, brutal, rigurosamente exacta, la única y última verdad republicana. Resistir para evitar, si no la derrota, las hipotecas sangrientas de la derrota. En vez de esa verdad, ruda, pero clara, los comunistas difunden un manifiesto en el que ratifican, con su ecuación conocida, su política de primer día: por la resistencia a la victoria. Punto de apoyo de esa esperanza: la inminencia de una guerra europea (...). En lo sucesivo, los agentes de Franco se limitarán a soplar en la pasión antisoviética que ha encendido el imprudente manifiesto. Resistir, se dice, en interés de Rusia (...).»

Mesa Garrido prefiere presentar así la situación: «[Negrín] sabía, y no era esperanza desmedida, que inevitablemente, frente a la agresividad del totali-

---

(\*) ROLF REVENTLOW, viejo militante socialdemócrata alemán, acaba de publicar un escalofriante libro-testimonio sobre el terror stalinista en la España republicana: *Spanien in diesem Jahrhundert* (España en este siglo), Europa-Verlag, Vienne-Francfort-Zurich, 1969.

## RECENSIONES

tarismo alemán, más tarde o más temprano, habrían de unirse defensivamente las democracias europeas con la Unión Soviética. Le faltaron seis meses para ver materializada su visión.» Y agrega, atinadamente: «De cualquier forma, no puede entrarse en el campo de la hipótesis histórica de lo que podría haber sucedido.» Hace bien. Pero le bastaría contemplar lo que sucedió.

La ucronía todo lo más que facilita es un nostálgico consuelo o una escapatoria triunfalista. Con todo, podríamos arriesgarnos un poco por la «hipótesis histórica» del presentador. En primer lugar, el estallido de la guerra mundial no se produjo a los «seis meses», sino a los cinco de terminada la nuestra. Pero aun así se equivoca, porque la unión entre democracias y Rusia no tuvo lugar hasta 22 meses después, es decir, a los 27 meses de finalizar el conflicto español. La guerra mundial estalló por la espoleta polaca, que el Kremlin facilitó con la firma del tratado germano-soviético del 23 de agosto de 1939.

A no ser que Mesa considere a España el ombligo del mundo, se dará cuenta de que el impacto de dicho tratado, así como sus consecuencias, afectaron y conmovieron a los partidos comunistas ortodoxos de todo el mundo. ¿Qué habría hecho el obediente P. C. español si la guerra española no hubiese terminado? ¿Sugerir una alianza con Franco para aplastar juntos a los partidos reflejos de las plutocracias imperialistas, de los intereses masónicos, etcétera, en España? Esta hipótesis no debería descartarla Mesa. Ni siquiera es una situación-límite.

Lo que a Hitler le importaba la España de Franco lo demostró al desencañar la crisis de los sudetes, que sobrecogió a la diplomacia de Burgos, la cual tuvo que maniobrar un tanto secretamente para librarse de lo que podía venirle encima; pero no se olvide que Italia no hubiera entrado en guerra entonces, como tampoco entró en 1939. Esperó hasta el hundimiento de Francia en junio de 1940. Pero Italia, que, a falta de alianza con las democracias, éstas trataban de cultivar su neutralidad, se había entendido a la perfección con los ingleses a propósito del *statu quo* mediterráneo, durante la guerra civil española. El 27 de febrero de 1939, es decir, una semana antes del golpe de Casado, Londres y París reconocían *de jure* al Gobierno de Burgos, abandonando sin más preámbulo a la República. ¿Qué quedaba, pues, del «resistir»?

Mesa Garrido nos habla igualmente de los «13 puntos» de Negrín, que califica de «primer instrumento ágil para su utilización en todos los frentes, políticos, diplomáticos y militar» (?). El caso es que no sirvieron de nada, dada la posición inmovible del otro bando, hasta el punto que Negrín fue reduciendo progresivamente sus pretensiones, planteando finalmente un solo punto: no represalias para los republicanos, si se rendían. Ni siquiera eso consiguió. Además, es posible que a Mesa le conste que Negrín había entrado en más de una ocasión en negociaciones secretas con agentes de Franco, como había ya realizado Prieto, a espaldas de los comunistas.

En fin el lector apreciará directamente que no es exacto eso de los «sudetes traicionados»; los traicionados fueron los checoslovacos. Los primeros más bien se sintieron rescatados para la raza aria. Tampoco Julián Zugazagoitia fue «fusilado por su República en tierra española», sino que lo fue por causa de la República en una España que ya no era republicana.

«Guerra y vicisitudes de los españoles» es un libro-testimonio importante, máxime atendiendo a cuándo y cómo se escribió. Desgraciadamente para el lector, la «Presentación» que lo acompaña más que de ayuda le sirve de desorientación.

Tomás MESTRE

RENÉ MAHEU: *La civilización de lo universal*. Ediciones de la «Revista de Occidente», Madrid, 1970, 346 págs.

Una de las más destacadas personalidades entre quienes redactaron en Londres, el año 1945, el Acta Constitutiva de la Unesco, es el escritor mejicano Jaime Torres Bodet, que fue desde 1948 director general de dicha organización cultural universal dentro de las Naciones Unidas. Presentando ahora en el prólogo a la edición española, el libro del actual director general, René Maheu, recuerda Jaime Torres Bodet que la Unesco puede ser considerada como «la conciencia de las Naciones Unidas». Esto tiene las mayores y mejores posibilidades en todos los sectores de la cooperación internacional (incluso los políticos), puesto que el principio más profundo de la Unesco ha de ser «buscar los instrumentos teóricos de una comprensión universal». Es decir, algo que igualmente puede ampliarse a las relaciones entre los Estados, las colectividades y los individuos. Algo que tiende «al anhelo de una gran república humana, que excluya el odio».

En este ideal de considerar la cooperación y el pacifismo como factores dinámicos y activos, René Maheu es un símbolo de los valores en que debe afirmarse la solidaridad de los pueblos; sin prejuicios de raza, de idioma, de sexo o de religión. Personalmente Torres Bodet dice de Maheu que posee la capacidad de pensar «a la escala humana» para todos los países y todas las gentes. Así, su libro *La civilización de lo Universal* es una obra de consulta indispensable para la comprensión y la realización de los factores internacionales más positivos. Un libro a la vez documental y combativo.

El volumen está compuesto por una selección de fragmentos diversos de discursos, informes, alocuciones, declaraciones oficiales, mensajes, etc. que abarcan las más diversas facetas del pensamiento y la labor de René Maheu. A pesar de esa variedad y pluralidad, es evidente el carácter sistemático y total de la práctica y la teoría; donde el rigor de los conceptos se van ajustando a las necesidades y las responsabilidades de la acción.

El mismo René Maheu, cuando en noviembre de 1962 fue nombrado para su puesto, expuso su concepto de sentido de la Unesco como experiencia y como misión: puestas al servicio de la función internacional y de su valor como instrumento en las relaciones modernas entre los Estados. Dos años más tarde, en la apertura de la decimotercera sesión de la Conferencia General, el señor Maheu hizo una declaración de fe, basada en tres puntos fundamentales. Estos eran los siguientes: La autonomía del desarrollo racional es el fundamento de la verdadera independencia. La cooperación internacional es la condición del desarrollo. La Humanidad está en marcha hacia una civilización planetaria.

Respecto al primero, Maheu expresa su firme convicción de que en el mundo moderno, la verdadera independencia de los Estados, rebasa los atributos clásicos de la soberanía, y reside en la autonomía del desarrollo nacional realizada desde el interior. En cuanto a la cooperación internacional, Maheu dice que no debe reducirse a las yudas sueltas de los países más industrializados, a los países en vías de desarrollo; sino que debe definirse en términos de organizar la vida de todos sobre la tierra. En cuanto al avance hacia una civilización planetaria ha de procurarse que el progreso de la tecnología no descuide «la aspiración moral del hombre a acceder a la Humanidad unida».

La sucesión de las partes y los capítulos en que se divide el libro-antología de los textos más importantes y significativos de René Maheu, responde también más que a la sucesión de los temas al encuadramiento de los principios. Primero se trata de la ética universal del desarrollo; luego de la misión in-

## RECENSIONES

ternacional de la educación, y, por último, del significado universal de la ciencia y la cultura.

Uno de los apartados más sugestivos de la primera parte es el dedicado a las organizaciones internacionales en el mundo actual. En dicho apartado se va tratando sucesivamente de las instituciones, sus métodos y el alcance de su acción; de las comisiones nacionales mediadoras entre la Unesco y los pueblos, y del espíritu del servicio internacional y los hombres que lo encarnan.

René Maheu subraya con empeño la realidad de que las organizaciones internacionales han llegado a ser una de las características de nuestra época. Si existen, trabajan, crecen y hasta se multiplican es porque responden a necesidades reales del mundo actual y se insertan en las corrientes profundas de nuestra época. Sobre todo aquellas organizaciones que arrancan de la creciente complejidad de las relaciones internacionales, originada por el número cada vez mayor de Estados y la mayor complejidad de relaciones entre los Estados y los pueblos. La eficacia de todas y cada una de ellas se prueba sobre todo cuando tienden a promover una manera de pensar universal y reforzar el influjo de este pensamiento en el espíritu de los hombres de todos los países.

En cuanto a los aspectos del funcionamiento presente de los referidos organismos internacionales (especialmente de la Unesco), René Maheu dice que se desenvuelven en tres sentidos principales: El de que dichos organismos constituyen un medio, un marco y un lugar de reunión, no sólo de los representantes de los Gobiernos de los miembros, sino también de los especialistas de todas las disciplinas y técnicas. Luego hay el aspecto de la acción operativa, que es en gran parte el resultado directo de la admisión de los países del Tercer Mundo dentro de la comunidad internacional, en la cual componen hoy la mayoría. René Maheu subraya el hecho de que la aparición de estos países en la escena mundial ha sacado a la luz las desigualdades que la geografía y la historia han creado entre los pueblos actuales, y la toma de conciencia del peligro constante que este desequilibrio constituye para la paz y la seguridad internacionales.

Como tercer aspecto del papel de los organismos internacionales se presenta la función de promover el estudio de los problemas y fijar los cauces de la acción desde el punto de vista de la totalidad del universo humano. Aquí radican las más profundas dificultades, puesto que el campo de acción de tales organismos se inscribe en un mundo en el cual intervienen las más profundas diferencias de desarrollo, diversidad de cultura y divergencias ideológicas. De todos modos, y sea cual fuere la eficacia de las relaciones directas que se prosigan o se creen entre las naciones, sólo las organizaciones internacionales que son ramas de las Naciones Unidas son capaces de ofrecer a los intercambios los mayores grados posibles de solidez.

Del factor personal de las características y las funciones que han de tener y desempeñar los hombres que actúen en los puestos responsables y los servicios técnicos de las Organizaciones ligadas a la O. N. U. el actual director general de la Unesco dice que el papel del funcionario internacional y el código ético en que se funda no puede ser puesto de relieve más que sobre el fondo de una dedicación total al sentido de la acción en la que cada uno toma parte efectiva, sea cual fuere su nivel de autoridad y responsabilidad.

El cometido principal del código ético de los funcionarios, y la principal tarea de la Unesco vienen a concretarse en los objetivos de construir la paz y propagar el sentido de la paz. Hay una función anterior, mayor, principal y más difícil, que es la del mantenimiento de la paz. Pero el mantenimiento de la paz es propio de la institución política central: es decir, la O. N. U. como punto de contacto de las potencias grandes y pequeñas. La Unesco tiene que actuar solamente en sentidos complementarios.



## RECENSIONES

René Maheu dice sobre esto: «La finalidad de nuestra acción, el sentido de nuestro trabajo, es reducir, si no es posible eliminar, los factores susceptibles de provocar la guerra. Al contrario de la acción política de la O. N. U., que se inscribe en la actualidad, la de la Unesco debe ser comprendida como un trabajo en profundidad y a largo plazo, del que sería absurdo esperar resultados inmediatos. Esta acción descansa en el principio de que la paz no puede estar asegurada exclusivamente por un equilibrio de fuerzas, sino por la evolución del espíritu humano.»

Dicha evolución del espíritu humano hacia la organización de una convivencia universal es no sólo el principal objetivo fundacional de la Unesco y su meta ideal, sino también la principal característica del pensamiento y la obra de René Maheu. Profundamente francés en lo personal, y cosmopolita en lo internacional, él ha venido a sintetizar los ideales y los procedimientos de la Organización que dirige. Su programa se resume en la convicción de que en este tiempo de peligros supremos que amenazan hasta la supervivencia de la especie humana, no hay más solución que la implantación de la universalidad.

Rodolfo GIL BENUMEYA

FRANCESCO LEONI: *Origini del nazionalismo italiano*. Morano Editore, Nápoles. Librería Romana, Roma, 1970. 130 págs.

La bibliografía sobre el nacionalismo italiano no es ciertamente muy densa. Al contrario, presenta lagunas inconcebibles y vacíos que demuestran cómo el argumento ha sido escasamente tratado, por lo menos hasta hoy. ¿Cuál es la razón de esto? Probablemente de carácter político. Sin darse cuenta de la importancia que el nacionalismo como movimiento organizado ha tenido en la reciente historia de Italia, los historiadores han demostrado claramente que se dejaban influir por consideraciones parciales; o al menos por motivos ideológicos que no tienen nada que ver con aquello que debería ser la actitud imparcial de quien se limita a exponer los hechos sin interpretarlos.

Las mezcolanzas entre fascismo y nacionalismo han hecho el resto. Y el movimiento nacionalista, que incluso tuvo una parte relevante en la historia política de Italia en el comienzo de los años 900, ha sido confinado en el castigo.

Ante una laguna tan evidente, este volumen trata de poner remedio. El autor, universitario docente y director de la destacada revista católica «Relazioni», ha evitado cuidadosamente entrar en el fondo de los aspectos estrictamente políticos del tema. Se ha limitado a afrontar un argumento empeñado desde el punto de vista científico. Como debería sustancialmente hacer cada historiador digno de este nombre, sin preocuparse por decir cosas agradables o desagradables; sino interesado solamente en las ilustraciones de los fenómenos que forman parte integrante de los acontecimientos políticos en nuestro tiempo.

Una limitación al argumento (aunque voluntaria) es dada por la precisa individualización de un aspecto del tema. El libro se titula «Orígenes del nacionalismo italiano». O sea, trata solamente de un aspecto de la historia del movimiento nacionalista, sus comienzos y el periodo de su formación, excluyendo la segunda fase, es decir, la estructural. En concreto, la investigación parte de los orígenes y concluye en 1910, en el momento de la transformación del nacionalismo, de movimiento ideológico en partido político organizado.

La limitación no influye sobre la ilustración del tema. Hay mucho que decir, hasta sobre los orígenes del nacionalismo italiano, y el autor se ha preocupado ante todo de efectuar una investigación adecuada, que pudiese de relieve los aspectos peculiares de un fenómeno en conexión estrecha con

## RECENSIONES

la evolución de la política italiana entre los finales del 800 y los comienzos del 900.

Las sucesivas transformaciones del movimiento nacionalista conciernen a la historia contemporánea más que a la historia de los partidos políticos, puesto que interesan al nacimiento y la afirmación del fascismo. El autor, en efecto, tiende a confirmar un concepto que encuentra el consentimiento de muchos historiadores: la absoluta autonomía sobre el plano histórico, del nacionalismo como doctrina. Podrán hacerse críticas y expresar dudas sobre la validez de las concepciones, pero no pueden negarse absolutamente algunas características del movimiento. La primera es precisamente su total originalidad.

El nacionalismo, sin ocuparse del aspecto filosófico de la doctrina, saca sus orígenes del movimiento del renacer italiano (*Risorgimento*). Los promotores, aunque rechazando algunos de los aspectos del movimiento nacional, no descuidan el referirse constantemente a los supuestos básicos del referido *Risorgimento*. De ellos rechazan algunas conexiones con la revolución francesa; algunas inclinaciones materialistas y filomasónicas, etc.

Según el autor, el aspecto más interesante de la historia del nacionalismo italiano ha de buscarse precisamente en el período de los orígenes. La vida del movimiento en calidad de partido político, ha sido demasiado breve y demasiado ligada a situaciones contingentes, para poder dejar una huella destacada. La huella se puede recuperar por la tarea inicial de la doctrina, y por las evoluciones que provocaron el nacimiento de una ideología autónoma. Aquí es donde la investigación adquiere características muy precisas.

El volumen tiende a ilustrar la finalidad del movimiento como doctrina, y a poner de relieve sus aspectos más interesantes. Y es en sustancia una contribución de relieve al mejor conocimiento de una de las corrientes de pensamiento menos comentadas de nuestro tiempo. Una sólida bibliografía; un índice de los periódicos y los movimientos nacionalistas, y un índice de nombres, completan dignamente el libro.

Carlo MELE